



» mas, tanto individuales como colectivas, de la  
 » revolución: menosprecio de toda reputación  
 » usurpada ó ilegítima.»—Encierran, por lo tanto,  
 los capítulos del *Dogma* en que explicó una y  
 otra palabra simbólica, una cuestión moral, una  
 cuestión política y una cuestión histórica, triple  
 punto de vista bajo el cual paso á considerarles.

La ligereza con que trató la cuestión moral le indujo á una contradicción flagrante. Por una parte, sienta que «el honor y la moral son dos términos idénticos que conducen á idéntico resultado;» por otra que «hay ciertas acciones que la moral aprueba en el hombre privado y reprobaba en el hombre público,» terminando por decir: «la moral será el dogma del cristiano y del hombre privado, el honor el dogma del ciudadano y del hombre público». Salta á los ojos que estas ideas son repugnantes entre sí.— Dos términos convertibles tienen que poseer las mismas cualidades, y como sólo siéndolo, pueden conducir á un mismo resultado, es claro que si la moral no se confunde por sus caracteres con el honor, tampoco existe la identidad pretendida. Hay además en este paralelo un concepto evidentemente falso: el que atribuye á la moral una flexibilidad que permite al hombre en la vida privada actos que le están vedados en la vida pública.

Para esclarecer el punto, conviene fijar el

sentido de las palabras.—Moral es la ciencia de lo bueno y de lo malo en relación con la actividad libre. Por lo tanto, es una idea absoluta y una ley universal que obra sobre la conciencia bajo una sanción sobrenatural. «Es la voluntad de Dios comunicada á la criatura,» según la expresión de Clarke. Y ya hemos tenido oportunidad de reconocer que el sentimiento primitivo del deber que la educación informativa perfecciona mejorando sus órganos y que la educación religiosa vigoriza circunstanciándole,—sería inexplicable en la constitución del hombre si la noción de un Sér Supremo, causa primera é infinita perfección, principio y fin de todas las cosas, no le diera vida, validez y sanción.— Todo lo abarca, pues; ninguna dirección de la vida se le escapa: ningún acto libre está exento de las reglas que concentra.

El *Dogma socialista* lo reconoce. Tenemos, entonces, una premisa común en el raciocinio; y sólo nos es menester definir el honor para tener datos claros con que plantear la cuestión. Entiendo por honor el prestigio que cada hombre adquiere sujetando sus actos á la opinión. Luego, el honor no contiene sino una ley relativa, que no arraiga en la conciencia sino en lo exterior: viene de la sociedad, y es por naturaleza caprichosa é insegura.—La alteran las diversidades de costumbres y la obscurecen todos los desfallecimientos del sentido común.—Una ley de carácter moral necesita ser eficaz cuando pena y cuando premia; pero la del honor está

expuesta á penar ó premiar, ciegamente, si la calumnia mancilla un nombre puro, si la hipocresía ó la complicidad, disimulan las iniquidades de los malos. Requiere, además, ser permanente, y la ley del honor varía con las sociedades: de manera que uno es el honor entre los mormones, otro es el honor entre los orientales, otro en los pueblos cristianos sobre puntos sustanciales que ocupan la línea divisoria de la vida individual y las relaciones de sociedad. — Algo más: aun en el seno de una sociedad espiritualista y cristiana, la repetición de ciertas inmoralidades que halagan las pasiones políticas, el orgullo ó los instintos más groseros de la sensualidad,—puede gastar la aversión que producirían en otras circunstancias, y la tolerancia, convertida en opinión universal, altera la ley del honor. Así vemos que el perjurio político, la ambición ávida ó rastrera, á nadie deshonran, como no deshonra el duelo, como no deshonra el adulterio sino á las mujeres.—El carácter moral de estas acciones no varía, pero varía su valor ante la ley del honor. Por consecuencia: si la sanción de los deberes que impone es incierta é independiente del mérito efectivo de los actos: si es eludible, y está por su propia esencia sujeta á mudanzas, ella no basta para cohibir á los hombres, y la insolente prepotencia del vicio que se disfraza entre olopeles está probando palpitante y diariamente su impotencia. Ha podido suplir en los estados intermedios de las sociedades las deficiencias

de las leyes positivas y temprar los estragos de las pasiones en las edades bárbaras, como el decoro caballeresco rectificó la altivez de los grandes en la Edad Media; puede aún bajo una forma mejor desenvuelta de sociabilidad desempeñar un papel análogo, porque el deshonor hiere donde la penalidad legal no alcanza; pero de ningún modo puede presumirse capaz de reemplazar á la moral que, hiriendo en la conciencia, llega á una región inaccesible tanto para la ley cuanto para la opinión.

Y una vez aclarada y reducida la noción del honor, debo determinar su papel en el régimen de la vida humana.

No es estéril. Suministra, al revés, un criterio suplementario y rápidamente perceptible para juzgar del mérito de una acción propuesta, y bajo este punto de vista se confunde con los antecedentes en que Adam Smith fundaba la teoría de las simpatías morales. Pero en esta idea está contenida otra: la inferioridad de la ley del honor y su subordinación á los principios racionales de lo justo. Los espíritus vulgares que se dejan modelar por las opiniones corrientes sin inquietarse, como las almas mejor templadas, por cobrar un tipo de carácter propio, consideran suficiente el honor para reglar sus actos: son condescendientes con sus propias flaquezas siempre que no les desacrediten, y el delito les importa poco con tal que su habilidad le encubra ó el error dominante le absuelva. El hombre pensador y prudente ama también su honra,

pero no se da por satisfecho con su aureola, y se afana por equilibrar el juicio interno de su conciencia con los dones de la fama, prefiriendo, en caso de conflicto, la lógica de sus principios á las arbitrariedades de la reputación.

Por otra parte, el honor puede ser tradicional y solidario, y en este sentido tiene un poder mucho más influyente. El orgullo nobiliario es el desorden de una pasión nativa y el abuso de un principio moralizador. Una serie de generaciones virtuosas y vinculadas por la sangre sugiere una tradición de honor que sujeta muchos ímpetus y obliga á los individuos á moderarse dentro de la órbita en que su nombre adquirió la reputación que les enorgullece. Sin embargo, á nadie puede ocultársele que el que no respeta las leyes que Dios ha estampado en la razón de todo sér libre, se habituara pronto á emanciparse de estas presiones exteriores, cuyo resorte es quebradizo.

Sin negar, por lo tanto, el poder del honor, debemos negar la dualidad del criterio moral afirmada por el *Dogma socialista*. El hombre es uno: una es su ley. No hay más que una verdad que ilumina la razón, no hay más que una justicia y una regla de justicia que guíen la libertad, porque no hay sino una fuente de lo verdadero y de lo bueno, un ideal y un objeto que determinan el destino de los seres inteligentes. La vida privada y la vida pública se confunden por la unidad de sus móviles; y á menos de incurrir en la ilusión de los que presumen obedecer su ley

y servir á la patria y á la humanidad desdeñando la familia, la caridad y todas las virtudes que expanden el alma y la preparan para lo admirable, tendremos que convenir en la inconsistencia de esas virtudes de aparato que bajan los hombres á la categoría de histriones, héroes sobre el proscenio, miserables y odiosos cuando el telón les separa de los espectadores mistificados. La fama es á veces complaciente y pone caretas sobre feas y repugnantes fisonomías. Digamos la palabra: la opinión puede advertirnos lo bueno y lo malo; pero sería invertir la lógica de las cosas contentarnos, ni en la vida privada ni en la vida pública, con la sanción del renombre ni buscar en sus oscilaciones casuales la balanza de la moralidad.

Si hemos reconocido, empero, el poder de la tradición doméstica para refrenar el hombre por medio del honor,—pasando ahora de la cuestión moral á la cuestión política, debemos afirmar la influencia incomparablemente más eficaz del honor patrio y del orgullo nacional para predisponer los pueblos á todas las acciones que redundan en su engrandecimiento, en su esplendor y en su felicidad.—Y aquí podemos aceptar, casi sin restricciones, la doctrina del *Dogma socialista*.

Me hago cargo de las objeciones que podrían oponerse á esta máxima.—Sé que más de un fracaso ruidoso ha sido el término de muchos engrandecimientos nacionales; porque los pueblos desviados por el celo de su gloria, no advierten sus

flaquezas ni los fenómenos alarmantes que encierran, como el celo de la vida sugiere á los enfermos mil explicaciones que dar á los síntomas más complicados para alejar de sí la perspectiva sombría. Si son bárbaros llaman refinamiento peligroso á la civilización; si son débiles llaman barbarie á la fuerza. Menosprecian todas las calidades que no poseen; reputan anarquía la libertad ajena y despotismo el orden de otros pueblos.—Estas sociedades infatuadas se gastan paulatinamente en el quietismo ó se balancean entre lo ideal y lo inveterado; y una admiración que nadie comparte les disimula el abismo hasta que se hundén en él. Sé también que estas perversiones del patriotismo son singularmente peligrosas en las sociedades nuevas por cuanto en ellas nada es sólido y sus movimientos de progreso suelen no ser perseverantes, porque son á menudo inconscientes ó inmoderados. De aquí no se sigue, á pesar de todo, que haya cordura en debilitar el orgullo de las naciones, sino que conviene morigerarle y templar sus sugerencias con la práctica de esta máxima que podemos transcribir del templo antiguo para los que no saben leer el Evangelio: «Conócete á ti mismo». (1)

(1) Todos los sentimientos que expresan la fiereza humana en sus diversos grados son facies de una misma pasión: el amor propio, que es la estimación y preferencia de sí mismo, de sus derechos y de sus intereses particulares.—A la conciencia de la superioridad propia, llamo orgullo; llamo soberbia al menosprecio virtual y constante de los que un individuo reputa inferiores; y por fin, llamo vanidad

El pueblo que se infatúa, se adormece ó se estrellaba cegado por sus vanidades; pero el que no posee el sentimiento de su valor ni tiene fe en su fuerza ni la ufanía de sus antecedentes y de sus facultades es un pueblo enervado á quien la pereza reduce á una especie de imbecilidad. Cuando los pueblos no creen en sí mismos, creen en los explotadores y en los verdugos. Basta un eclipse de su orgullo para que se infamen, como nos bastó á nosotros, un día de desaliento para postrarnos delante de la tiranía. De ahí la necesidad de realzar la dignidad del pueblo por el conocimiento de sus antecedentes y de su compleción, de sus extravíos y de sus glorias: de las glorias que le enaltecen, de los extravíos que le aleccionan.

La gloria, he dicho; y he ahí la más alta expresión del honor: funesta cuando proviene de una fascinación del espíritu público: saludable cuando la engendran actos bien dirigidos, bien

al orgullo y la soberbia fundados sobre cualidades fútiles. Es inquestionable que nunca es tan fuerte la virtud como cuando está unida con la más difícil de todas que es la humildad; pero no considero incompatibles el orgullo y la humildad; el primero es la conciencia de los méritos y dotes de cada cual, y la segunda se origina en la convicción de que ningún mérito ni dote realzan un hombre respecto de otros ni en derechos, ni en jerarquía, ni en poder, y corta el paso á la altanería que perturba la fraternidad de todos los seres igualados por su naturaleza y la identidad de su destino. El que se ensoberbece, se degrada y se enerva. Si el Evangelio no lo dijera, lo diría la experiencia. Mas el que no tiene la conciencia de sus propias fuerzas carece de un resorte de actividad y se inhabilita para las grandes acciones, cuyo éxito depende de la fe con que se acometen.

apreciados y exponentes de una fuerza superior; piedra de escándalos para ciertos caracteres sedientos de triunfo y de poder que aspiran á lo ruidoso si son incapaces de lo grande; á lo horrible ó á lo brillante si son incapaces de lo noble y de lo bello: piedra de edificación cuando sorprende á los varones preclaros que se despedazan en las escabrosidades de la senda estrecha y diseminan la luz de su alma en obras duraderas. Y no despojéis á las naciones de las glorias puras de su historia; no amortezcáis los fulgores que retemblan su conciencia!... Un poeta ha dicho: «felices los pueblos que no tienen historia...» Esa palabra es el acento lírico de un escepticismo letal. Pueblos sin historia son las tribus nómades azotadas por lo imprevisto: sin ejemplos en el pasado, sin responsabilidades ante el porvenir. Yo comprendo que los ambiciosos y los misántropos desacrediten todo lo que es grande en el pasado de un pueblo, presumiendo hacerle sentir que hay en su alma más noble potencia que en el alma de los héroes cuyo pedestal quieren abatir; comprendo también que las ruindades del sectario no se detengan ante el signo de paz que la muerte pone sobre todas las frentes, despojen á los unos y endiosen á los otros y eduquen generaciones enteras en idolatrías y en odios que son á la vez absurdos y sacrílegos; pero no comprendo que pensadores discretos duden de las influencias de la honra nacional ni vacilen en exaltar,—como lo quería el *Dogma*,—toda gloria legítima para destruir juntos los falsos mirajes

de la historia y las glorias usurpadas de la vulgaridad feliz ó del crimen amnistiado por el éxito. Si el amor propio es la clave del carácter individual, el patriotismo, la comunidad de las glorias y de las tradiciones sanas de un pueblo, son los sentimientos que le constituyen tal. Moderarles para que no se infatúe, cultivarles para que no se enerve,—son, si no me equivoco, los términos en que se resuelve la cuestión política del *Dogma*, y que nos llevan inmediatamente á afrontar la cuestión histórica que abarca.

¿Hay en los antecedentes de la República Argentina tradiciones propias para impulsar al pueblo en la elaboración revolucionaria que afronta: para dar tono á su carácter y templar su espíritu en la adversidad?

Jamás os hablaré con tanta complacencia como esta noche en que puedo volver sin escrúpulo la espalda hacia la sombra para dirigiros á contemplar todo lo que es hermoso y fulgurante en nuestra historia.

Si la revolución nacional hubiera tenido, cuando estalló, un credo doctrinario y hubiera obedecido al prestigio de un caudillo, teniendo como tenía por teatro y por agente una sociedad embrionaria, desvinculada de todo comercio de ideas con el mundo y la civilización, habría sido la obra de un partido, gloriosa sin duda, pero con aquella gloria que expone los pueblos á la tiranía de los que pueden reivindicarla. A no ser por una rara magnanimidad, las facciones ofuscan y esclavizan á las muchedumbres que arrastran. Mas

la revolución nacional es grande, precisamente porque parece pequeña. Y habréis juzgado muy mal mi pensamiento, si al oírme en diversas ocasiones que emergió sin una profesión de fe categórica, hubierais creído que intentaba rebajar su talla, cuando al revés entendía exaltarla, reconociendo su espontaneidad, su carácter natural, común, eminente y nativamente democrático, por lo mismo que era obra de todos, ciega y no complicada con ninguna teoría preconcebida.

Los pensadores que minaban la economía colonial desde fines del siglo pasado, los políticos que repelían la sustitución de un dominador por otro en 1806 y 1807, los patriotas que desde 1808 hasta 1810 fraguaban el arma que debía trozar la cadena, los que el 22 de Mayo reivindicaban el derecho accidental de gobierno propio de la colonia y se arrepentían el 24 de sus condescendencias con el viejo régimen,—no hicieron en la eternamente memorable mañana del 25, al incorporarse á la avalancha popular que arrasaba el trono virreal, otra cosa sino reconocer, de buena ó de mala gana, el sumo imperio del elemento que hizo explosión en el plebiscito del 16 de Agosto de 1806: que en 1807, según la expresión ya célebre de uno de los conquistadores vencidos, convirtió «cada casa de Buenos Aires en una fortaleza, cada hombre en un soldado y cada soldado en un héroe:» el que consagró al sacrificio los arrojados mártires de Perdriel: el que depuso y exaltó gobiernos truncando la soberbia

de los reyes: el que, por fin, en aquel momento solemne cogió el arma, la templó en el hogar de sus entusiasmos supremos, y de un golpe derribó al tirano, cortó de un tajo la coyunda, y se arrojó valientemente en todas las aventuras de la democracia, en todas las temeridades de la libertad!

Vosotros conocéis los orígenes y el curso de los movimientos, más bien sociales que políticos, que han generado nuestra forma de gobierno republicana y federativa....Me he propuesto mostraros el lado luminoso de nuestras cosas, y prescindiré de las peripecias: mirad hacia los dos extremos del drama. Cuando la revolución germinaba, la sociedad argentina era una masa heterogénea y descolorida: la ignorancia popular ennegrecía todos los horizontes é interceptaba todo rayo de la verdad, y el cerebro perezoso se consumía en la quietud. Dispersa en los campos y enervada en las ciudades se dividía en dos elementos: el uno nómada y agreste, el otro humillado bajo la desigualdad. Empobrecía el monopolio mercantil que aglomeraba el bienestar en provecho de los privilegiados, y la esclavitud de los negros que eliminaba el trabajo libre, condenando, en consecuencia, á los pobres al crimen ó la miseria. Sin conciencia política ni práctica alguna de la libertad, el derecho que reclamaba en los plebiscitos y que adquiría en el campo ensangrentado de las victorias era una adivinación súbita y temprana, cuyo alcance no medían los mismos que con mayor inspira-